do allí los límites. Taylor era considerado como un militar de experiencia, de valor y maduro juicio y le secundarían el general Worth, y los coroneles Twiggs y Whistler y el mayor Brown.

Algunos militares mexicanos rehusaron obedecer las órdenes para avanzar hacia la frontera, y aun se llegó á formar un motín semejante al que en el Sur había detenido la expedición destinada á la Alta California. Para acallar la grita de los militares, hubo que pasar una circular, diciéndoles que no se trataba de destruirlos y queriendo alentarlos para entrar en campaña. El general Paredes se mostraba opuesto á los miembros del ministerio y mandó detener en su camino á las fuerzas que se dirigían al Saltillo, expidió proclamas mostrándose opuesto á que se desmembrara el territorio de la República, en tanto que el Presidente Herrera oía las proposiciones para el reconocimiento de la República de Texas, bajo determinadas bases. Los buques norte-americanos surtos en la bahía de Veracruz, se habian aumentado, llegando á tener en Octubre la escuadrilla cuatro corbetas y dos bergantines; luego ascendieron hasta el número de quince, haciendo á menudo reconocimientos en la bahía y en la playa. La idea de pedir al clero un préstamo de quince millones de pesos, fué acogida por el gobierno, y secundada en las cámaras con calor, suceso que conmovió extraordinariamente los ánimos.

Un suceso ocurrido en el baño de caballos llamado de las Delicias, vino á complicar nuevamente las relaciones con Francia. Los caballos del Ministro Alleye de Ciprey fueron conducidos al citado baño, donde había un perro que quiso morder á uno de ellos dentro del estanque, y el lacayo que los conducía le pegó, dando motivo á que el dueño del establecimiento maltratara á su vez á este y retuviera uno de los caballos porque los mozos no habían querido pagar el baño. El Ministro se presentó en el lugar del suceso, trató con altanería al dueño del establecimiento, maltrató al alcalde auxiliar llamado Figueroa, y en el calor de la disputa llegó á echar mano de la pistola, saliendo con trabajo del baño donde le rodeaba amenazadora muchedumbre; su secretario fué apedreado y apaleado, y aun le dispararon un tiro; algunas piedras cayeron cerca del Ministro que disparó su pistola sobre sus contrarios. Al retirarse fué aprehendido por un oficial que lo llevó á la Ciudadela. Por todo lo que pasaron él y su secretario, pidió solemne reparación, y también por los gritos de "*mueran los franceses*" lanzados por la multitud; se quejó de que contra su secretario se había intentado un asesinato y que se disparó una carabina contra él, que era el Representante del Rey de los Franceses; pidió castigo para el alcalde, para el oficial que le detuvo y condujo á la Ciudadela, al que calificó de insolente y desatento para con el Ministro; pedía la ejecución, como asesino, del individuo que disparó la carabina, y castigos severos para los que desde la azotea arrojaron piedras al Ministro, lo mismo que para el propietario del establecimiento que ultrajó á los lacayos y provocó el conflicto. Concluía con la amenaza de tomar un partido extremo, si no se le daba completa y solemne satisfacción en el plazo de ocho días. Se le contestó que él había provocado el escándalo, y que en todo él no había habido por parte de nadie, la intención de ofender el carácter público del Ministro francés.

Se abrió una averiguación sumaria en la que el ministro mexicano, D. Luis G. Cuevas, no dejó intimidarse por las amenazas del Sr. Alleye de Ciprey, quien ante la declaración que hizo el ministro Peña y Peña, de que la inviolabilidad de un ministro extranjero tenía límites, entre ellos el de que usando de la insolencia pusiera á alguno en el caso de defenderse, el exaltado Ministro pidió sus pasaportes el 24 de Agosto (1845) dejando á los franceses bajo la protección del ministro de España.

Con otro escándalo terminó su misión el barón de Ciprey, la noche del 3 de Setiembre, encontrando en el teatro nacional al Sr. D. Mariano Otero, le preguntó por medio del intérprete si él era el autor de los editoriales publicados contra el Ministro en el *Siglo XIX*, y habiéndole contestado el Sr. Otero que se lo preguntaran al impresor, se exaltó el francés y dió un bastonazo al escritor, este á su vez le contestó con golpes de puño y se escupieron ambos las caras; varias personas se interpusieron y fué grande la agitación y efervescencia de los ánimos, pues el Sr. Otero era uno de los ciudadanos más respetables de México, con quien el francés emprendió tan vergonzosa riña. A consecuencia del lance, obligó el gobierno al barón á usar de los pasaportes que se le habían dado, debiendo salir de la capital al tercero día y lo más pronto posible del territorio mexicano; á principios de Noviembre se hizo á la vela para la Habana aquel Ministro que, en cuanto á ligereza, tuvo muchos puntos de contacto con uno de sus sucesores: el conde de Saligny.

En París publicó el *Diario de los Debates*, periódico semi-oficial, un larguísimo artículo que era una descarga de insultos, epítetos groseros y diatribas vehementes, lanzados con increíble acrimonia contra todos los mexicanos, á causa de la riña que el 25 de Mayo había tenido lugar entre los palafreneros del barón de Ciprey y los mozos de un baño público, riña que nada habría tenido de extraordinaria sin la intervención del Ministro francés, quien en vez de pedir á las autoridades mexicanas que le hicieran justicia, quiso más bien hacérsela por sí mismo, impulsado por lo irascible y violento de su carácter.

Los arreglos propuestos por los Estados-Unidos habían fracasado, y por todas partes se oía, al finalizar el año de 1845, el rumor de que la revolución estaba pronta á estallar, la que apareció en San Luis Potosí el 14 de Diciembre, acaudillándola el general Paredes, que suspiraba por la administración española, hizo un cuadro muy triste de la República y aseguraba que aquella iba á ser la última revolución.

La Cámara de diputados de Washington aprobó con cierta precipitación, las adiciones del Senado para anexarse á Texas, sin que se tratara para nada de obtener el consentimiento de México, ni siquiera una indemnización. La aprobación del decreto fué saludada con salvas de artillería en la plaza del Capitolio, y en la misma noche lo sancionó el Presidente. Fué notable el discurso que pronunció Mr. Crittenden contra el proyecto de agregación, y otro de Mr. Archer, exhortando encare-

cidamente al Senado á que no se dejara arrastrar por un impulso meramente popular. El partido wiht estaba contra la anexión y el demócrata en favor de ella.

En la nota que el ministro mexicano D. Luis G. Cuevas dirigió al plenipotenciario de los Estados-Unidos, Mr. Wilson Shannon, se expresó así: "¿qué puede añadir el infrascrito á lo que se ha dicho ya por el gobierno, sobre la grave ofensa que infiere á México el de los Estados-Unidos, usurpándole una parte de su territorio, y faltando á los tratados de amistad, que la República ha conservado por su parte hasta donde lo ha permitido su honor y el deseo de evitar un rompimiento con los Estados-Unidos? Nada más que lamentar que pueblos libres y republicanos, vecinos y dignos de una unión fraternal fundada en un mutuo interés y en una lealtad común y noble, corten sus relaciones por un suceso que México ha procurado precaver, que los Estados-Unidos han consumado y que es tan ofensivo para el primero, como poco digno del buen nombre de la Unión americana." "El gobierno mexicano desea ardientemente, que en el de los Estados-Unidos lleguen á pesar más las consideraciones de lealtad y de justicia, que las de una extensión de territorio á expensas de una República amiga, que en medio de sus desgracias desea conservar un nombre puro y merecer por él el rango á que le llaman sus destinos."

En la circular dirigida al cuerpo diplomático se lee: "auxiliando á Texas para sustraerse de la República, el gabinete de los Estados-Unidos ha faltado á la buena fe, pero auxiliando á Texas para incorporarlo á la Unión americana, y declarando que esta ha sido la política de su gobierno hace veinte años, ha observado una conducta de que no hay ejemplo en la historia de los pueblos civilizados. México, por evitar diferencias que en su mayor parte no reconocían ningún principio de justicia, se ha prestado á compromisos gravosos, ha olvidado agravios y perjuicios, y ha guardado una lealtad, que le da hoy más derecho si es posible aumentar el que tiene, para levantar la voz y protestar, como lo hace el infrascrito, contra la agregación de Texas á los Estados-Unidos, y contra todas sus consecuencias. La República mexicana, confiada en el buen derecho que la asiste, no teme asegurar, que cualquiera que sea el resultado, conservará el honor que á toda costa debe defender en la muy grave cuestión de que se trata."

Anunciábase desde entonces que la pérdida de Texas no era simplemente la pérdida de un territorio rico é interesante, era también la pérdida de Nuevo México, de las Californias, de Chihuahua, de Sonora y de Sinaloa; esto es, lo más rico, lo más hermoso, lo mejor de la República; se veía que con la unión de Texas á los Estados-Unidos quedaba abierta la puerta, para que todo el interior de México fuera con el tiempo una parte de la gran República; ese triunfo de una raza que traía por apoyo la esclavitud, era la destrucción de nuestro idioma, de nuestras costumbres, de lo que hay más grande y respetable para el hombre: era la pérdida de la nacionalidad.

Había un gran contingente de lógica en creer todo eso, pues si bajo la fe de los tratados, si bajo el sagrado del honor de una nación se cometía una usurpación ó algo más, ¿qué límite podían tener las conquistas de un pueblo que hacía

alarde de traficar con la humanidad? ¿qué podría México esperar para lo venidero? En aquella época no podía preverse la acción providencial de una gran guerra como la que sostuvieron los esclavistas contra los sostenedores de la dignidad humana; entonces no se veía defensa posible contra el amigo pérfido que hiere á mansalva, y cuando los hijos preguntasen á los padres, qué era de la nación adquirida con la sangre de tantos héroes ¿qué contestar si no se mostraba el ropaje tinto en sangre, y los campos cubiertos con los cadáveres que borraran la mengua, aun cuando la victoria se mostrara esquiva? No debe extrañarse que en las muchedumbres no resonase más que la palabra guerra, y que el partido de las transacciones quedara asfixiado al calor de la sangre que, violenta, circulaba por las venas de los patriotas que amaban con delirio á su país.

Pero la situación era de tal manera mala, que ya no había que tratar de si eran incuestionables los derechos de México; sino si convenía decidirse por una guerra larga y gravosa, ó por un arreglo que fijara las bases de seguridad para lo sucesivo, evitando nuevos ataques ó invasiones; mas un examen frío en los momentos de efervescencia, no podía menos de calificarse de poco patriota, aunque se palpara que la guerra de Texas ofrecía sacrificios y nuevos compromisos, para someter á una población toda extranjera, y con tendencias hostiles á todo lo que era mexicano, y sin ningún elemento moral para ser parte integrante de México; además, era enorme el contingente de fuerza que le prestaba su unión á la poderosa República del Norte.

El general Henderson fué el primero en levantar el estandarte de la anexión de Texas, y la defendió con el más enérgico vigor, en el Oeste de los Estados-Unidos; la mayor parte de los habitantes más ricos, empleaban toda su influencia en favorecer la realización de esa medida. Oponíanse á la anexión en el mismo Texas los negociantes extranjeros, principalmente ingleses, y los que ocupaban puestos que en alguna manera dependían del gobierno que estaba establecido, y muchos estaban disgustados por las condiciones impuestas por el Senado norteamericano.

La influencia inglesa trabajó mucho para que México aceptase la independencia de Texas, secundándola el gobierno francés por medio de su representante Saligny. Los enviados de estas naciones, establecieron sus relaciones con la mayor confianza é intimidad, é intrigaron con el ejecutivo de Texas para retardar en lo posible la convocación del congreso; el presidente texano Jones, les contestaba que más allá de ciertos límites, no podía contrarrestar la acción del pueblo en esta cuestión. El capitán inglés Eliott, esperaba ser apoyado en sus fines de asegurar las condiciones á que México pudiera ser inducido por la influencia de la Gran Bretaña; pero los partidarios de la anexión estaban seguros de triunfar, á pesar de la Inglaterra y de la Francia.

Los agentes de estas naciones habían hecho promesas ambiguas, de que México reconocería sin condiciones la independencia texana, que se abrirían los puertos de esta República á la libre introducción del algodón de Texas, y acerca

de otros asuntos. La noticia de que había sido aceptada la anexión por el congreso de los Estados-Unidos, sorprendió á los ministros de Francia é Inglaterra.

Los puntos acordados entre los gobiernos francés, inglés y mexicano, según se publicó entonces, en el asunto de Texas, eran: reconocimiento de la independencia de Texas, indemnización de esta á México con cinco millones de pesos en efectivo, garantizando los límites que se convinieran entre las dos Naciones, y si Texas se agregaba más tarde á alguna Nación, preferiría á México.

Cinco años después de haber expedido su carta el Sr. Gutiérrez de Estrada, se pronunciaba el general Paredes, en 1845, con la división de su mando, contra el sistema y gobierno establecidos. Este jefe, que tenía la convicción de que un trono podía sólo salvar á México de la anarquía y también de la ambición de los Estados-Unidos, convocó una Asamblea de notables para que designaran la persona que debería ocupar la presidencia y quedó designado, como era de esperarse, el mismo Paredes.

El partido escocés no descansaba en sus proyectos de establecer una monarquía, preparándola por medio de una sagaz centralización, y si no había llegado á sus fines, era porque circunstancias inesperadas habían frustrado sus más bien combinados planes, proclamando á veces la libertad, á veces el orden; derribaban toda administración que no dirigían exclusivamente; si contribuían á combatir la tiranía, era porque no llegaba á entronizarse el monarca preparado, y solamente así podía explicarse lo contradictorio de su conducta política; derribaron el congreso de 1833 y expidieron las leyes de 1836, obra exclusiva de sus manos, para encadenar al soldado atrevido á quien querían hacer instrumento de sus planes, y por lo mismo destruyeron el congreso de 1842 y sostuvieron con todo su poder el de 1845, compuesto de grandes propietarios, de reverendos obispos y militares de suprema graduación; el Senado estaba compuesto de lo que podría llamarse flor y nata de nuestra nobleza. Aunque no todo el partido centralista estaba por la monarquía, los principales de sus miembros tenían fija en ella sus miradas.

En estos días circuló en México la obra de Mr. Moprat, en la que se leía: "Por lo que hace á México, de cualquier modo que se terminen nuestras diferencias con él, lo repetimos aún, ó su porvenir es despedazarse y desmembrarse y ser absorbido por los Estados-Unidos, ó su salvación reside en el restablecimiento de la monarquía; en ambos casos ganaremos comercial y políticamente, aunque el último medio nos sea más simpático y nos parezca más seguro. Entre tanto el papel de la Francia debe ser todo de protección; que los pueblos de la familia latina, que las poblaciones franco-españolas de América se acostumbren á mirarla como su apoyo, y á creer que sacarán inmensas ventajas abrigándose bajo su influencia pacífica y civilizadora."

El partido monárquico cobró aliento y se puso á trabajar con el ardor y la seguridad que le daba la protección del poder; en un periódico titulado *El Tiempo*, dirigido por D. Lucas Alamán, publicó la memoria sobre monarquía, escrita por el conde de Aranda. El plan monárquico no se realizó por haber faltado el apoyo prometido en Europa, tal cual se esperaba. Era candidato el Infante D. Enrique, hermano del esposo de la reina de España, en cuyo país encontró el proyecto simpatías y apoyo; la caída de Paredes, á la que siguió la guerra con los Estados-Unidos, impidió llevarlo á cabo. No faltó quien propusiera como candidato á un hijo de D. Carlos, casándolo más tarde con la hija de Isabel II.

El partido monárquico se había visto obligado á refundirse en el centralista, desde la caída de Iturbide; pero las circunstancias le parecieron propicias para salir del letargo en que estaba; reuniéronse los individuos dispersos de aquel partido, y puestos de acuerdo, juzgaron que era llegado el momento de que sus deseos pudieran definitivamente realizarse.

Estalló la nueva revolución, y el general Paredes unido al partido monárquico, fué su instrumento activo, logrando ponerle á la cabeza del gobierno que reemplazó al del general Herrera. El manifiesto que publicó el nuevo jefe del gobierno, no dejó duda alguna acerca de sus intenciones, pues aunque daba á una Asamblea constituyente la facultad de determinar la forma de gobierno que debía regir al país en lo sucesivo, aquel manifiesto indicaba claramente, que sólo la forma monárquica podía libertarle de la anarquía, y asegurarle con la paz la prosperidad de los elementos que posee.

Declarado ya resueltamente el partido monárquico, fundó un periódico, publicó sus deseos y sus miras, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Componíanlo individuos respetables por su posición social, y la generalidad del clero. Ese partido quería unirse á la Europa, lisonjeándose con la esperanza de obtener fácilmente por soberano, un vástago de alguna de las grandes casas reinantes, buscaba consolidar las relaciones mercantiles entre los dos continentes y garantizar los cuantiosos capitales invertidos en las minas, poner término á las revoluciones interiores y acabar los frecuentes debates con las potencias extranjeras.

El partido manárquico consideraba que no podía hacer por sí sólo tal trasformación, sino que necesitaba del concurso de la Europa, y trabajó para una intervención que parecía arreglada, batiendo palmas por haber encumbrado al poder un Presidente que apoyaba los principios sostenidos por él en política y en Religión; creía que siguiendo el ejemplo de México y por la influencia que ejercería el sistema monárquico, en veinticinco años serían monarquías todas las Repúblicas americanas.

Los monarquistas llamaban á la Europa para que se aprovechara de tan propicia ocasión, hablándole en nombre del interés político, del interés mercantil, del de principios y moralidad; venid, decían, y lo encontraréis todo preparado para el triunfo de la empresa. Confesaba ese partido que nada era sin el auxilio de la Europa, sin el cual estaba reducido por su debilidad, á reflejar la forma de gobierno de la potencia nuestra vecina del Norte, cuyo espíritu invasor era reconocido y que ya había lanzado decretos de exclusión contra las naciones europeas.

Esto por una parte, y por otra el interés de Inglaterra, Francia, España y Alemania, en conservar aquí un mercado que consumía anualmente más de veinticinco millones de pesos, que servían para activar extraordinariamente el movimien-

to mercantil é industrial de aquellos países, servían de base para esperar la consecución de los fines que se propusieron los monarquistas, haciendo ver que, ya por la anarquía ó ya por la absorción de los Estados-Unidos, si México dejaba de enviar el contingente anual á Europa, vendría una gran perturbación en las relaciones industriales del continente europeo.

El acuerdo entre las potencias europeas no presentaba, al parecer, grandes dificultades, y si ninguna quería tomar la iniciativa, era por temor de no encontrar disposiciones favorables y dar un paso en falso; pero se reconocía por todos los que se dedicaban á las cuestiones mexicanas, que había en los gobiernos de Europa, cuyos súbditos tenían intereses en México, tendencia á favorecer toda combinación que condujera á preparar aquí un estado de cosas diferente al que existía. Creíase fácil desde entonces (1845) una conferencia en Londres, promovida por Inglaterra y Francia, para fijar la política conveniente respecto á México, y así esperaba el partido monarquista consolidar la independencia y dar garantías con instituciones sabias y estables, por medio de una monarquía.

En el mismo año de 1845 agitábase el partido republicano, al sentir los esfuerzos que hiciera ya el monarquista para la completa ruina de las instituciones republicanas, estableciendo el trono y llamando al príncipe europeo, en una palabra, para dar cumplimiento al plan de Iguala. ¡Se trataba de un imposible, esto es, conseguir que los sucesos volvieran á recorrer el camino que dejaron! Dentro y fuera de la República se predicaba esa medida de la monarquía como única salvación, y ya el grito no era sofocado por la voz de los ciudadanos y de los funcionarios públicos; apenas se percibía alguna protesta contra la idea de colocar en la diestra de un extranjero, el cetro ensangrentado que por breves días sostuvo el caudillo que había roto las cadenas que ataban á nuestra Patria.

Cundía la creencia, entre los que execraban los recuerdos de la República, acerca de que el pueblo cansado de revueltas, dominado por el egoísmo y la corrupción, oía tranquilo el consejo de que se confesara incapaz para gobernarse; los que por muchos años ocultaron cuidadosamente sus proyectos, dejaban las intrigas oscuras y misteriosas y trabajaban á la luz pública. Ya el periódico llamado "El Tiempo" encomiaba diariamente la monarquía con frases pomposas, le buscaba partidarios con ofrecimientos halagüeños, y animaba á sus correligionarios que lo sostenían; repetía sin cesar, que *un príncipe de sangre real europea* era el único remedio para ser libres y dichosos en el interior, y fuertes y respetados en el exterior, burlándose constantemente de los hombres, los principios y los recuerdos de la República, con objeto de hacerla odiosa. En el número 20 de ese órgano del partido monarquista, se lee: "que el primero que en México predicó la democracia, fué un malvado digno de la execración del universo, y que cuantos después han profesado los mismos principios son sus cómplices."

Los opositores á la monarquía planteaban la cuestión de una manera distinta, se trataba de saber si México sería gobernado por sí mismo ó no; si era dueño de su suerte ó pertenecía á un príncipe extranjero. La cuestión, decían los republicanos

es de ser ó no ser; no se trata de si se debe escoger entre la federación y el centralismo, se debe saber si han de regirnos los principios republicanos ó un rey; el problema que pide pronta resolución es este: "la República ó la Monarquía extranjera," para resolverlo prácticamente se deben tener en cuenta los elementos de México, su situación; no se debe ver si Francia ó Inglaterra han sido felices con sus monarquías constitucionales; preciso es averiguar si México tiene como ellas, elementos para el desarrollo del principio monárquico y puede establecer un gobierno liberal y nacional con tal sistema.

Las dinastías no se improvisan, exclamaban los republicanos, han nacido en la infancia de las sociedades y las han robustecido los elementos religioso y feudal, el primero predicando obediencia á una familia consagrada, el otro extendiendo el prestigio de la gloria que producen las hazañas militares.

En una familia simbolizaban las generaciones los recuerdos de orgullo nacional, los elementos de la fuerza del país y las esperanzas de orden y de justicia. ¿Había esto en México? Tuvimos un rey con su trono en el extranjero y ningún recuerdo glorioso, nacional, unía á México con los monarcas, cuya suerte no estuvo ligada á la nuestra, no habían nacido bajo el cielo de nuestra patria, ni vivido con nosotros, y nuestro porvenir nada les interesaba. La gloria de nuestra nacionalidad no reflejaba sobre una sola familia, sino sobre centenares de individuos sin títulos de nobleza, si no es la del valor para darnos con su sangre la vida política. ¿Si los mexicanos necesitaban de un rey, por qué no habían sostenido al caudillo sobre cuya frente fulguraban las glorias nacionales? Y si el imperio cayó porque carecía de cimientos, del respeto del tiempo y de las tradiciones ¿qué se podría decir del que se quería fundar con un monarca extraño completamente á nuestra nacionalidad, improvisado, sin las bases sólidas que dan la voluntad del pueblo ó la espada victoriosa que rompe las cadenas que lo atan, y cuando independer á un pueblo es la única obra capaz de formar imperio?

Que el estado natural de México no era la monarquía, lo demostraba, según los republicanos, el hecho de haber desaparecido esta con Iturbide, bajo los mejores auspicios posibles en nuestra Nación. Las circunstancias de ser extranjero el monarca y tener sangre regia, presentadas por los monarquistas como esenciales, venían en último análisis á herir tan sólo el orgullo nacional y á hacer más humillante y oprobiosa la situación de los mexicanos, pues que al decirles que renunciaran la República, porque debían desesperar de mandarse á sí mismos y de encontrar entre sus conciudadanos alguno que fuera capaz de estar al frente del gobierno, era preciso pedir por favor un príncipe á la Europa, con la sola condición que tuviera sangre regia, erigirle un trono y entregarle el porvenir de la Nación, sus riquezas y su honor.

La sangre regia, por sí sola, no supliría ni la capacidad, ni el amor á los intereses exclusivamente mexicanos; los monarquistas querían un príncipe europeo, porque pretendían que nuestra civilización derivara tan sólo del antiguo continente, y buscaban un agente fiel, bien relacionado con la política europea; pero soste-